

MEDITA CONMIGO

**Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.** (Mt 9:12-13)

Jesús, en su modo de hablar nunca negó la realidad de la vida horizontal, es decir la humana, pero siempre la sujetó a la realidad de la vida vertical, es decir, a la eterna; al citar a médicos y a enfermos estaba validando la realidad de que en esta vida todo ser humano está sujeto a ser víctima del mal producido por la enfermedad, pero también que al hombre se le ha dado la capacidad cognoscitiva para aplicar el conocimiento y luchar contra ella; en esta ocasión él está afirmando su calidad de médico, pero uno que no sólo ejerce en el terreno horizontal, sino fundamentalmente en el vertical; cuando él aclara que no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento, está implícitamente diciendo que la enfermedad de los pecadores es el pecado, el cuál no puede ser sanado por ningún poder humano, sino sólo por el poder vertical, el venido de arriba; todo hombre sabe, sin que se lo tengan que demostrar en un laboratorio, que la vida física llegará a un final de uno u otro modo, pero también sabe de manera intuitiva, por su percepción espiritual, que la vida no termina allí, este conocimiento es una herencia de milenios (Rom 1:19-20), que le testifica que el hombre no inventó a Dios, como algunos pretendidos sabios inducen en la mente de los oídos humanos (Sal 14); y que necesita de su sanidad para retornar a la paternidad divina que un día perdió, de no ser así, la muerte que le espera ya no estará en la temporalidad humana, sino en la eternidad; sería desastroso concluir que Jesús vino a la tierra para fundar una religión más, entonces sus palabras sólo serían parte del elenco de ideologías religiosas de las cuales se puede escoger; no, él dijo: *yo he venido para que tengan vida* (Jn 10:10), por supuesto, no refiriéndose a la vida terrenal como algunos enfatizan, y si él dijo eso, es porque el hombre sin Su sanidad no tiene vida, está muerto en vida, válgase la expresión (Lc 9:60). Ahora bien, la muerte física no es sino la realidad que testifica la presencia de otra realidad invisible a los ojos humanos, la muerte eterna, de la cual Jesús vino a librar a todo aquel que en él cree, por esto es que dijo: *El que cree en mí, aunque esté muerto vivirá* (Jn 11:25). Una cosa que no nos debe de pasar desapercibida es la ironía con la que se dirige a aquellos religiosos, a los cuales manda diciendo: *Id y aprended lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificio*; citando a Oseas (6:6); los que entendieron bien el mensaje, sin duda, tuvieron que reconocer que su justicia era imperfecta (Heb 9:9), fundada en acciones protocolarias, sujetas a la temporalidad de los sacrificios ofrecidos, carentes de la sustancia eterna que da cuerpo a la misericordia, estableciendo así su propia justicia (Rom 10:3-4) con base en sus ritos e ignorando la justicia de Dios, que es por la fe (Rom 3:30), eran justos, pero a sus propios ojos, no ante Dios, el cual no ve el exterior sino el corazón de los hombres (Rom 10:10), tenían el entendimiento nublado ante las palabras de David, que dice: *Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría, ...* (Sal 51:16) hemos de entender, pues, que ninguna vida sacrificial religiosa justifica al hombre delante de Dios, sino sólo Su misericordia, la cual fue manifestada en su Hijo Jesucristo; cuya sangre es la medicina sanadora del hombre (Jn 6:54-56), que le quita eternamente la enfermedad heredada llamada pecado; ahora bien, esta sanidad vertical, que no obstante, su realidad sólo es percibida con los ojos de la fe, tiene que mantenerse conviviendo con la realidad horizontal que es esta vida temporal sujeta a vanidad, que sin duda parece más un lastre que una ayuda (Rom 8:20-23); nos impulsa a incursionar en el aprendizaje de un nuevo estilo de vida, practicando diariamente el sujetar el trajín cotidiano a una mente espiritual (Heb 5:14); es decir que, sea que comamos o bebamos, trabajemos o descansemos, vayamos o vengamos, lo hagamos todo sujetándolo al nuevo estado de vida (Rom 6:4): Sanados por la misericordia de Dios; enderezando lo cojo para que no se salga del camino (Heb 12:13); en una palabra: caminando con la mirada puesta en Jesús, no en ideologías humanas o circunstancias de la vida. Como enseñó Pablo: y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa (1 Cor 7:30-31). Esto sólo es posible si sujetamos lo horizontal a lo vertical, comprobando cada día la salud de Dios en espíritu, alma y cuerpo.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava